



Don Alfredo

POR NORA L. CASTILLO AGUIRRE

Mitos, leyendas e historias personales son el resultado del paso de los grandes maestros por aulas, salones, auditorios, bibliotecas, jardines culturales, museos, calzadas y plazas. En cada espacio y en cada tiempo –dependiendo de las personas con las que nos topemos y las intenciones que para con ellos tengamos– podremos recordar anécdotas y albergar en la memoria distintos episodios y diversas evocaciones, siempre y cuando aquello que añoramos y por lo que sentimos nostalgia nos haya tocado nuestras fibras más sensibles. Cada uno de nosotros recuerda de diferente manera a un hombre encantador de sonrisa franca y de trato amable con quien tal vez directa o indirectamente compartimos esta ciudad: hablo de don Alfredo Gracia Vicente.

Desde su llegada a Monterrey en 1948, su dedicación al impulso de los libros y las artes plásticas, así como a la enseñanza, hacen de este recordado maestro universitario de estética y arte –a cien años de su nacimiento– un referente indiscutible en el ámbito cultural de la ciudad

Este relato que pretende ser biográfico e ilustrativo más no conclusivo bien podría titularse la “reinención de don Alfredo” pues a decir de su hijo, para él todo lo que se contaba de sí era una mera invención.



Alfredo Gracia Vicente nació en la provincia de Aragón, España, el 6 de agosto de 1910 y fue el menor de trece hijos. Descendiente de padres campesinos, “Alfredico” –como lo llamaban– ayudaba en su casa pastoreando las ovejas. Desde los cuatro años de edad su hermano José lo había enseñado a leer y cuando tenía apenas seis leyó por primera vez *El Quijote* –del cual se llegó a

memorizar largos fragmentos–, uno de los tres volúmenes que poseían en su hogar: los otros eran la *Biblia* y las novelas bizantinas. Además, su padre traía a casa algunas revistas como *La Esfera* y *Blanco y Negro* donde leía noticias sobre la Primera Guerra Mundial.

A los ocho años se escapó a Barcelona a vivir con su hermana Constanza. Allí cursó la primaria

y ya desde entonces mostró pasión por el teatro. Imitando las diferentes voces de los personajes leía obras a su sobrino Sebastián que era invidente, hijo de otra de sus hermanas, también leía para las costureras del taller de su hermana “para que no se entretuvieran platicando entre sí”. Más tarde enseñaría a leer a la servidumbre de los clientes de su hermana, de esta manera y siendo aún muy joven ejercitaba su vocación por la enseñanza.

A los catorce años ingresó a la Escuela Normal para prepararse como maestro de enseñanza básica pero como él mismo señalaba “la universidad mía ha sido lo aprendido en las páginas del periódico, particularmente *El Imparcial* de Madrid que era propiedad de los padres del gran filósofo español don José Ortega y Gasset” y en el cual se publicaban ensayos de los filósofos más reconocidos y libros completos a través de fascículos diarios o semanales incluidos en las páginas culturales.

Al estallar la guerra Civil en 1936 se alistó en el ejército republicano aunque sus manos “nunca tocaron un fusil”. Al acabar el día tras cavar trincheras o realizar otros trabajos, los soldados se reunían en torno suyo a escuchar historias. Siem-

pre fue un gran conversador. Por las noches enseñó a leer a más de uno. Su paso por las trincheras fue corto pues cuando sus superiores tuvieron noticia de sus cualidades para la enseñanza y sus conocimientos de la literatura lo retiraron del frente para colaborar en una especie de revista o boletín informativo republicano que coordinaba el poeta Miguel Hernández.

Más tarde crearía un periódico mural con las principales noticias de la guerra, el cual montaba sobre un burro que paseaba en el frente entre las trincheras. Lo llamaron “El burro ilustrado” e informaba a las tropas los acontecimientos del conflicto. Al perder la guerra se dirigió a Francia con su compañera María Luisa Aguilar Galcerán –con quien se había casado poco antes de la guerra– donde su suegro don Mario Aguilar tenía un puesto diplomático.

Con ayuda de los cuáqueros que financiaban viajes de refugiados a América se trasladaron a Nueva York donde hacía tiempo residía su hermana Constanza que era modista y quien le facilitó el traslado a México.

El 30 de noviembre de 1939 llegaron don Alfredo y María Luisa por el puerto de Veracruz. Al igual





que otros exiliados recibían diariamente un peso que les proporcionaba el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE), organismo creado por el gobierno republicano en el exilio.

Un día –haciendo fila para recibir el dinero– se encontró con un antiguo colega quien lo invitó a irse con él a Tampico para fundar junto con un grupo de maestros españoles el Colegio Cervantes en 1939. Fue así como llegó al caluroso puerto en donde residió cerca de nueve años. Como parte

de las actividades de la escuela se dictaban conferencias y su afán de superación continua lo llevó a frecuentar con regularidad la Librería Cosmos cuyos dueños (don Justo Elorduy y doña Clementina Hevia) eran también españoles.

Don Alfredo era tan asiduo a la librería que en unas vacaciones de don Justo le pidió quedarse al frente temporalmente. Después de esa experiencia le propuso aceptar la gerencia en 1941. Don Alfredo y María Luisa llegaron a Monterrey en 1948 para establecer una sucursal. La ciudad – con su florecimiento educativo– era un excelente punto para vender libros que por lo general debían ser pedidos a la Ciudad de México. Cualquiera que haya vivido entre los años cincuenta y setenta recuerda a la Cosmos no sólo como una librería bien surtida –una de las primeras y más importantes– sino como un punto de reunión de los artistas e intelectuales de la época.

Dentro de sus instalaciones se impartían conferencias, se presentaban libros y se hacían exposiciones al acondicionar una parte del edificio como galería y fue de esa manera la primera galería comercial de Monterrey. Pintores hoy consagrados recibieron impulso en sus inicios: Gerardo Cantú, Guillermo Ceniceros, Armando López, Jaime Flores, Saskia Juárez, Rodolfo Ríos, entre otros.

Algunos maestros del Tecnológico de Monterrey –fundado en 1943– han señalado que don Alfredo fue el primero en ir a visitar a los profesores para conocer sus necesidades y ofrecer los textos para sus cursos. Gabriel Zaid en su obra *Los muchos libros* menciona su particular capacidad para escoger los libros anticipando los deseos de los posibles lectores con base en su intuición y el conocimiento de sus clientes.

Dada la relación que don Alfredo mantenía con España, la librería fue de las primeras en traer libros de la prestigiada editorial Aguilar y también fue pionera en difundir la casa editora Sudamericana y los autores latinoamericanos del *boom*.

Cosmos fue una librería peculiar donde los clientes podían no sólo hojear los libros sino comprarlos a plazos y con descuentos si don Alfredo percibía la necesidad e imposibilidad de adquirirlos. En algunas ocasiones incluso volteaba hacia otra parte para permitir que se los robaran. Más de uno puede corroborar esta anécdota y seguramente aún conserva con cariño el libro.

En 1971 traspasó la Cosmos a los hermanos Font y un par de años después (el 7 de marzo de 1973) creó Arte y Libros que perduró hasta 1980. Este establecimiento era un poco más especializado y tenía la exclusividad para la venta de Poligrafía, editorial española enfocada a las artes plásticas. Arte y Libros estaba ubicada en la calle Zuazua en una casona antigua aunque su interior era todo lo moderno que en ese tiempo podía esperarse. El espacio estaba dividido en dos áreas: una para libros y otra –alfombrada en rojo de piso a techo– para galería. Para su inauguración se hizo una exposición individual de la canadiense residente en México, Gene Byron.

En ese periodo organizó Arte Club, una suerte de tandas donde los clientes podían adquirir obras de jóvenes creadores en abonos mensuales. Muchos de los artistas hoy consagrados –tanto regiomontanos como de otras partes del país–

Fue siempre un maestro incansable y constantemente hacía gala de su memoria privilegiada y de su lucidez inagotable. Una de sus frases favoritas era “se me acaba de ocurrir”. Mostraba una inteligencia y precisión casi matemática para el manejo del lenguaje: a decir de su hijo Alfredo Gracia Aguilar, el secreto radicaba en el contexto de la oración.

Luis Buñuel, Gabriel Zaid, Salvador Novo, Pedro Garfias, Ángela Figuera, Elvira Gazcón, José Alvarado y Raúl Rangel Frías son sólo una parte de la larga lista de personas que compartieron su mesa y amistad. Alfonso Reyes no dejó nunca de visitar “a su españolito” en la librería cada vez que venía a Monterrey.

Destaca su entrañable amistad con el poeta Pedro Garfias quien pasaba temporadas en Monterrey. Don Alfredo siempre tuvo una gran preocupación por difundir su obra así como de

Fue siempre un maestro incansable y constantemente hacía gala de su memoria privilegiada y de su lucidez inagotable.

participaron en estas series: Paloma Altolaquirre, Gerardo Cantú, Damián de la Rosa, Xosé de Sade, Alberto Cavazos, Guillermo Ceniceros, Esther González, Leopoldo Lomelí, Juan Alberto Mancilla, Xavier Meléndez, Felicity Rainer y Pablo Zalce, por mencionar algunos de ellos.

Este espacio presentó exposiciones individuales y colectivas de pintores como Vicente Rojo, Francisco Toledo, Saskia Juárez, Armando López, Rodolfo Ríos y muchos más. Cerró sus puertas cuando debieron derribar el edificio para la construcción de la Macropiazza.

No obstante la atención que le demandaba el negocio librero don Alfredo nunca dejó su principal vocación: la de maestro. En sus primeros años en Monterrey él y su esposa daban clases en el Colegio Israelita ubicado en la colonia Vista Hermosa. Más adelante impartía cursos en numerosas instituciones educativas de enseñanza superior: entre las cuales destacan algunas facultades de la Universidad Autónoma de Nuevo León, el Tecnológico de Monterrey, Arte, A. C., la Universidad Mexicana del Noreste, la Escuela de Verano y el Cedart.

otros españoles como León Felipe, Luis Cernuda, Ángela Figuera, Federico García Lorca, Pablo Picasso, la generación del 98 y mostraba predilección por el Siglo de Oro español.

Todos los que lo conocieron destacan su calidad humana y su capacidad para dar siempre una palabra de aliento al poeta incipiente, al alumno, al amigo en problemas y a cualquiera que se acercara para compartir un poco de su enciclopédico saber.

Como señaló alguna vez Humberto Salazar, no fue don Alfredo un intelectual en el sentido estricto de la palabra, más que un intelectual fue un sentimental. Su acercamiento a la literatura y a la pintura era la de un enamorado. No entraba en las obras o libros para emitir juicios finales o condenatorios. Como él mismo decía: “No hay obra tan mala que no tenga algo bueno”.

Don Alfredo no era crítico, menciona en su folleto titulado *Una década de arte* –escrito para la Preparatoria No. 1 de la Universidad Autónoma de Nuevo León– que no era su intención hacer crítica, sencillamente pedía licencia al interlocutor para exponer consideraciones personales sobre



Los últimos años los dedicó a su querida Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL en la que además de catedrático era el director de la biblioteca

ese punto. El crítico –continúa– no es superior al arte ni al artista, ni al espectador: es un respetable y valioso elemento que completa el conjunto.

El escritor regiomontano Miguel Covarrubias menciona que aprendió de don Alfredo que siempre, siempre lograba encontrar al menos una perla y una flor en quien fuera. Jamás llegó a sus congéneres con las manos vacías y jamás dijo palabras vacías. Y fue por eso ya para siempre el patriarca de los regiomontanos que no quería codearse nunca más con ignorancias, insensibilidades y torceduras del espíritu. Añade Isabel

Ortega que sabía promover lo bueno que encontraba en cada uno de sus interlocutores –recedores o no– a quienes dedicó su tiempo y su vida, también a escribir (sobre todo sus lecciones y conferencias) pero también innumerables presentaciones de libros y comentarios sobre exposiciones plásticas. De hecho nadie ha podido determinar cuántos son los volúmenes en los que de una u otra manera participó con sugerencias, aportaciones, correcciones, revisiones de estilo, antologando o prologando. En fin, haciendo gala de su peculiar maestría y su profunda sabiduría.

Algunas de sus obras son *De arte y letras I y II* (1985-1986), *Tres poetas* (1986), *Arte y estética a través del tiempo* (1993), *Apuntes de estética y arte*, tomos I y II (libro de texto para la Facultad de Ciencias de la Comunicación) y *De viva voz* (1996), compilación de ensayos editados por la UANL y el Consejo para la Cultura y las Artes.

Con ocasión del V Centenario del Descubrimiento de América participó en la reedición de *Las cartas de Colón de las islas descubiertas. De insulis inventis* que originalmente fueron traducidas al español por Ernesto Rocha Ruiz. También escribió adaptaciones de obras de teatro del Siglo de Oro español, prólogos de innumerables libros, textos de catálogos de plástica, artículos periodísticos, conferencias e incluso traducciones.

Los últimos años los dedicó a su querida Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL en la que además de catedrático era el director de la biblioteca que actualmente lleva su nombre. Asimismo sostuvo por varios años su Aula Abierta, conferencias sabatinas donde disertaba sobre cualquier tema de literatura o arte que los alumnos solicitasen e incluso llegó a dar clases de catalán. El día que murió, sus alumnos de Aula Abierta lo esperaban en el salón.

El 23 de marzo de 1996 con ochenta y cinco años partió don Alfredo a su última morada: su legado perdura entre nosotros como el más sagrado tesoro que hayamos encontrado tras haber seguido el mapa y las huellas de ese incansable personaje real –de carne y hueso– que habitó entre nosotros y nos pudo compartir algo de sí para convertirse en el comienzo de algo propio.

Edición del texto presentado en el Simposio Internacional Aportaciones literarias de los escritores españoles exiliados en México realizado en el Colegio Civil Centro Cultural Universitario el 21 de febrero de 2007.

Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL

El Centro, adscrito a la Secretaría de Extensión y Cultura, será el repositorio de la memoria documental y gráfica de la institución como parte integrante de su patrimonio histórico. Una de sus labores es la recopilación de variada documentación emanada de las escuelas y facultades, así como de los institutos, centros de investigación y, en general, de las dependencias que integran la UANL, que de testimonio de las tareas sustantivas de la institución como son la docencia, la investigación, la difusión de la cultura y la promoción del deporte. Las piezas y/o unidades documentales que recibe este centro incluyen:

- **Folletos y pliegos impresos**
Libros, informes, folletos, publicaciones bibliohemerográficas y documentos
- **Materiales gráficos impresos**
Catálogos, invitaciones, programas de mano, pósters y carteles
- **Materiales audiovisuales**
Videograbaciones, películas y grabaciones sonoras
- **Recursos visuales en formatos físicos y virtuales**
Fotografías en papel, negativos en 35 mm, diapositivas y digitales conservadas en cualquier tipo de soporte



En sus funciones de promover y recuperar la memoria histórica, así como difundir el conocimiento amplio y crítico del pasado, edita el boletín mensual de divulgación histórica *Memoria Universitaria*.



Los materiales se reciben en el segundo piso de la Biblioteca Universitaria "Raúl Rangel Frías", Ave. Alfonso Reyes No. 4000 Nte., Col. Regina, C. P. 64290, Monterrey, N. L., México.
Tel.: (81) 8329-4265.